

EL COSTURERO DE AMELIE (Aitor Sc)

1937

Mi familia y yo vivíamos en uno de los barrios más adinerados de aquella Suiza en la que todas las semanas, se celebraban bailes en ese hermoso salón rodeado de sillones de terciopelo rojo, grandes lámparas con relucientes cristales, llamativos cuadros con imágenes de familiares que pasaron por nuestras vidas y jarrones repletos de flores cogidas del jardín familiar.

1938

Todo empezó a cambiar, se estaba planeando la invasión de Suiza para convertirla en nazi. Había que tener más cautela porque se infiltraban personas que pertenecían al ejército del tercer Reich con el único objetivo de dominar toda Europa. Teníamos miedo de que invadieran Suiza para no acabar en aquellos horribles y duros campos de concentración.

1940

Ese año, a mi padre le llegó una carta en la que lo obligaban a alistarse en el ejército de Suiza para contraatacar a los del bando contrario con el fin de resistir a los ataques del bando opuesto. Antes de marcharse al ejército, mi padre nos hizo un presente a los tres hermanos. A mi hermana Lena que era la mayor, le regaló un antiguo collar que pertenecía a su tía abuela; a mi hermano Max una pequeña figura de un soldadito de plomo de cuando él era pequeño; y a mí me regaló una simple caja de madera leñosa con varios compartimientos de almacenaje. En ese momento, me decepcioné al ver el regalo puesto que me esperaba otro más especial, me parecía que era un objeto al que no podía darle mucha utilidad y la guardé dentro de uno de los armarios de la casa.

1942

Mientras mi padre se encontraba en el ejército, nos llamaba a diario para saber cómo nos iba la vida y yo siempre le decía que dormía con las fotos que él enviaba cada martes junto al telegrama para informarnos de sus vivencias allí.

1943

Ese año la tristeza invadió a mi familia debido a la enfermedad de mi hermana Lena, le diagnosticaron hemofilia. Se trataba de una enfermedad con un trastorno hemorrágico en el cual la sangre no se coagula y produce hemorragia. Todo comenzó con una simple caída jugando en el jardín de la casa y después de que mi madre la llevase al hospital y le hicieran pruebas le diagnosticaron la enfermedad. Finalmente, después de una larga lucha, falleció el 12 de Octubre de 1943. Su muerte nos afectó anímicamente muchísimo, ya que era una joven muy especial que tenía un carácter fiel a los demás. Sentíamos un gran vacío.

1945

A los dos años de la fatídica pérdida de mi hermana, llegó a casa un telegrama procedente del ejército, en el que nos comunicaron la muerte de mi padre en una de las batallas más duras a la que se enfrentaron por la defensa de nuestro país. Desde entonces, nuestras vidas de lujo cambiaron radicalmente. Empezamos a quedarnos sin nuestra casa familiar, sin nuestros vestidos, zapatos y sombreros. La vida en general empezó a cambiar desde aquel momento tan triste.

Mi madre, una mujer empoderada y con sabiduría, nos dijo que nuestro padre había dejado un refugio para que nos protegiéramos de la guerra y decidimos que lo mejor era ir hacia ese lugar seguro. Cogimos todas nuestras pertenencias más preciadas y fuimos en su busca.

Llegamos a un lugar situado a pocos kilómetros de la que fue nuestra lujosa casa y allí nos esperaba un espacio cerrado y oscuro. Mi habitación tenía las paredes de color amarillo tierra con unas fotos antiguas de cuando era pequeña, una diminuta cama con una colcha azulada y un simple cojín como adorno. Además, junto a la cama había un escritorio con una luz tenue, una silla robusta y un armario con puertas gruesas.

1946

Fueron años complicados y me llevaba todo el día pensando en mi vida pasada cuando todos estábamos unidos y felices.

Recuerdo que todas las noches dormía junto al collar que mi padre le regaló a Lena y que ella tuvo puesto hasta el último día de su vida. Además, no tenía fuerza para ayudar a mi madre con las tareas del hogar, me encontraba totalmente hundida y mi hermano Max me ayudaba a veces a seguir adelante y a sonreír con sus tonterías.

Había noches que no podía dormir y me llevaba horas y horas mirando aquellas fotos de la pared que me hacían retroceder en el tiempo y recordar los maravillosos años que fui feliz. Ahora, puedo agradecer lo que en aquel entonces no era capaz de apreciar.



1948

Poco a poco fui recuperando mi estado de ánimo, no todos los días me encontraba bien, pero hubo un día en el que rebuscando en aquel nuevo hogar me encontré en el fondo del desván una maravillosa y antigua máquina de coser. Era una herramienta perfecta para mi entretenimiento y así olvidar mi malestar por la situación vivida.

Se trataba de una máquina de color negra con detalles dorados apoyada en una estructura de madera con cuatro cajones a los lados y sus tiradores correspondientes. Además, me llamó la atención lo cuidada que estaba, incluso aún conservaba una aguja con un hilo de color azul. Estaba acompañada por una caja de madera que investigué y me di cuenta de que era para resguardar aquella antigua máquina.

Fui corriendo hacia la cocina donde se encontraba mi madre y le conté lo que había descubierto, ella me respondió que se trataba de una joya familiar la cual conservó durante muchos años.

Me despertó la curiosidad por aprender a utilizarla y mi madre sin dudarle me dijo que me enseñaría para que el día de mañana tuviera un oficio. A los cinco meses, hice mi primer vestido. Se trataba de un vestido de diferentes colores y distintas texturas puesto que era de retales que fui consiguiendo a lo largo de los meses y que guardé con mucho cariño en aquella caja que me regaló mi padre. En aquel momento, no me gustaba pero con el tiempo se ha convertido en uno de los objetos más especiales porque me recuerda a él. Además, tenía un corte bastante peculiar porque no era ni largo ni corto. Contenía dos volantes en la parte del pecho acompañados de cuatro botones de color blanco al igual que los bordes del vestido.

1949

En ese mismo año y con la motivación que me produjo el mundo de la costura, solicité una beca para estudiar en la escuela de modistas de París y así emprender un nuevo camino en mi vida que me permitiría ayudar a mi familia.

Al cabo de los meses, llegó un telegrama en el que decía que había sido admitida en la mejor escuela de modistas de París. En ese momento me sentí feliz y orgullosa por todo el esfuerzo que me llevó confeccionar aquel primer vestido de colores que hice con tanto esmero.

1951

A finales de 1951 conseguí terminar los dos duros años de carrera gracias a mi fuerza de voluntad, constancia y mucha organización con todos mis estudios. Además con la ayuda de mi familia, concretamente mi madre, tuve la gran suerte de poder abrir el negocio que tanto había soñado cuando empecé a estudiar y así me convertí en una gran modista y diseñadora de ropa a medida.

En esos años, mi hermano encontró un puesto de trabajo como locutor nacional de radio y gracias a la publicidad que él hacía en su programa subieron las ventas de mi primera línea de ropa.

Finalmente, con el esfuerzo de mi hermano y mío conseguimos volver a vivir con más holgura y tranquilidad en un pequeño y acomodado apartamento en la ciudad de París donde nos encontrábamos rodeados de calles estrechas adornadas con balcones y coloridas flores.



Amelie fue el gran icono de la moda francesa del siglo XIX dejando un gran legado en la moda a nivel mundial.

Ella siempre decía que todo se consigue con esfuerzo, voluntad, y constancia.

Su vida no siguió el patrón de todas las mujeres de su época por convertirse en una mujer independiente, luchadora y valiente.